Contra esto y aquello

Pandorado Ensayo

Miguel de Unamuno

Contra esto y aquello

PANDORADO

PANDORADO

Título original: *Contra esto y aquello*
Ed. Renacimiento, 1912
Miguel de Unamuno

Primera edición: julio de 2023

© de esta edición: PANDORADO
© de la cubierta y maquetación: Roberto Cuña
info@pandorado.es
www.pandorado.es

Coordinación editorial: Feliciano Novoa
Corrección: Javier Martínez López
Diseño gráfico y composición: Roberto Cuña
Imagen de cubierta: Ron Shawley
"Salmón remontando una cascada en Oak Orchard", 2012 (editado)
https://web.archive.org/web/20161024153019/http://www.panoramio.com/photo/81079392

Utilizada bajo licencia creative commons

ISBN: 978-84-18653-18-6
Depósito legal: VA 418-2023

Impresión: Calprint Digital
www.calprintdigital.com
Impreso en España - Printed in Spain

El editor autoriza la reproducción de este libro,
total o parcialmente, por cualquier medio,
siempre y cuando se destine a su uso personal y no comercial.

Este libro está impreso en un papel ahuesado
y calificado como ecológico.

ÍNDICE

Prólogo a la colección 11
Prólogo a la segunda edición 17
Algo sobre la crítica 21
Leyendo a Flaubert 31
La Grecia de Carrillo 41
José Asunción Silva 51
La imaginación en Cochabamba 61
De cepa criolla 73
Educación por la Historia 83
Sobre la argentinidad 93
Un filósofo del sentido común 103
La vertical de Le Dantec 115
El Rousseau de Lemaître 127
Rousseau, Voltaire y Nietzsche 135
Isabel o el puñal de plata 145
La ciudad y la patria 157
«La Epopeya de Artigas» 167
Taine, caricaturista 179
A propósito de Josué Carducci 189
Sober el ajedrez 201
Arte y cosmopolitismo 213
Sobre la carta de un maestro 223
Historia y novela 233
Literatura y literatos 241
Prosa aceitada 251
Biografía Miguel de Unamuno 261

PRÓLOGO A LA COLECCIÓN

Esta colección de biografías y ensayos perdidos nace con vocación de recuperar y volver a reivindicar algunos de los textos menos leídos de importantes autores nacidos en el siglo XIX. Se trata de ofrecer, por la vía de la narrativa y el ensayo principalmente, una visión de carácter plural del pensamiento y la literatura a través del relato biográfico.

La colección, de carácter amplio en su sentido más biográfico, no solo cuenta con autores españoles, sino también con algunos de fuera que tuvieron una notable influencia en la escritura, imaginarios y anhelos de la época como Rubén Darío o Giuseppe Garibaldi.

La decisión de editar de nuevo estos libros no puede sino corresponder a la voluntad por parte del equipo de Pandorado de poder leer los textos escritos en primera persona de algunos de los protagonistas literarios nacidos en el siglo XIX. En cada uno de los volúmenes encontramos reflexiones, preocupaciones, análisis, ideas y pensamientos que formaron parte de las grandes figuras de su época. De entrada, la decisión de recuperación de estas obras tiene que ver, y se encuentra en relación con la colección ante-

rior, «Escritoras inolvidables del siglo XIX», incorporando la obra biográfica y de reflexión, entendiendo la importancia de cuestiones como la educación, el papel de la cultura y la prensa escrita, la posición de España en el mundo, las influencias filosóficas —tanto patrias como extranjeras—, la crítica literaria, viajes y vivencias, así como el nacimiento del movimiento obrero.

Algunos textos de la colección se prepublicaron total o parcialmente en periódicos y revistas, sufrieron reescrituras o refundiciones en sucesivas ediciones librescas. En Pandorado hemos querido que estos textos se lean con una enorme fidelidad a las antiguas ediciones, pero en ediciones revisadas y corregidas con esmero y dedicación.

Por otra parte, sobre la variedad de títulos y declaración de intenciones, si prestamos atención a los límites genéricos entre memorias, recuerdos y autobiografías, etc., cuyos contornos se desdibujan y el foco de atención puede resultar impreciso, hay que aclarar que las memorias han sido caracterizadas por insertar sucesos en series temporales que tienden a fortalecer la conciencia de identidad imprescindible para indagar el sentido de la vida personal en sus conexiones históricas, ideológicas o estéticas.

Tradicionalmente se ha supuesto mayor voluntad y hondura estética en el autobiógrafo, y mayor superficialidad y agilidad periodística en quienes presentan sus textos como memorias, donde la concentración autobiográfica se extiende hacia el mundo exterior al ámbito vital del sujeto; se puede decir que en esta forma literaria los contextos mantienen un equilibrio, o incluso adquieren mayor

relevancia que las vicisitudes individuales del relator, alternando referentes públicos y privados. En cambio, la autobiografía como género se sustenta en un discurso egocéntrico —monólogo autobiográfico— que admite mayores dosis de subjetividad e intimismo y por ello más proclive a la transfiguración expresiva. No atañe a este tipo de testimonios personales la especulación sobre lo no vivido, la memoria autobiográfica se reduce a los límites de la experiencia consciente.

Si algo queda claro a primera vista en la dispersión literaria de estos autores y obras seleccionadas es que no venían a competir con la ciencia histórica ni a sustituirla, sino a colectar y archivar hechos presenciados, captados a modo de instantáneas fotográficas para «resucitar impresiones» y establecer contrastes entre lo viejo y lo nuevo.

A esto hay que añadir que la mayoría de ellos participaron de forma sucesiva y simultánea en universos sociales variados y en posiciones diferentes dentro de ellos. Esto implica que sus tomas de posición literaria estuvieron influidas por factores diversos procedentes de su situación concreta no solo dentro del campo literario, sino también en relación con otros ámbitos y condicionamientos sociales: el campo político, el religioso, el género, etc. Atender a la confluencia de este conjunto de circunstancias, en ocasiones encontradas, permite explicar cambios discursivos aparentemente contradictorios.

La producción literaria de los autores se inscribió en un contexto histórico en el cual se estaban produciendo rupturas y continuidades en la propia definición del Estado

liberal —por lo menos hasta la década de los años 40 del siglo XIX—; la crisis del Antiguo Régimen, la legitimidad de Cádiz, las guerras carlistas, dieron paso a tensiones políticas entre monarquía y república bajo los distintos gobiernos, sucediéndose transformaciones de las propias instituciones políticas, la creación del mercado nacional, la organización de la clase trabajadora con la llegada de los postulados socialistas, siendo la época de la Restauración, tras el fracaso republicano y la pérdida de las últimas colonias tras guerra contra los Estados Unidos la que marcó el final de siglo y el comienzo del siglo XX.

En definitiva, esta colección nace de la voluntad de recuperar textos que han sido, seguramente, menos leídos que las obras más conocidas de autores considerados en su mayoría como clásicos del siglo XIX; pero con el reto y la decisión de entender la literatura en castellano desde la diversidad, con nuestro mejor deseo y placer por la lectura.

Javier Martínez López

◆◆◆

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Los artículos que componen esta colección no son propiamente ensayos críticos, ni pretende su autor que lo sean. Tan solo son notas de un lector. En rigor, un pretexto para ir el autor entretejiendo sus propias ideas con las que le dan aquellos otros escritores a los que lee.

Escritos a vuelapluma y para satisfacer exigencias de labor periódica, no se enderezan a llevar a cabo un trabajo de erudición, que debe quedar para otros ingenios mejor dotados a tal respecto. El autor de estos ensayos no lee para citar lo leído, sino más bien para encender y enriquecer su propio pensamiento.

Hay, además, en la colección esta algunos trabajos que no se refieren expresamente a obra alguna literaria, sino que son reflexiones generales sobre temas literarios y uno sobre la crítica. En este trata el autor de sincerarse en cierto modo para que no se le tome por un crítico, por lo que se llama correctamente un crítico, a cuyo oficio renuncia, lo mismo que al de erudito, por no sentirse con aptitud para ninguna de esas dos tan inútiles y tan nobles funciones.

Poco tendría que añadir a lo que aquí hace ya dieciséis años dije si no hubiera pasado en tanto la terrible galerna, y a la vez terremoto, de la guerra mundial y sobre mí otra galerna que me tiene ya más de cuatro años y medio desterrado de mi patria, tiempo en que, merced sobre todo a trece meses de habitación en París, he podido rectificar ciertos juicios que acerca del espíritu francés, y más concretamente parisiense, había formado y publicado entonces. Pero no quiero tocar nada de lo que entonces dije, quiero respetar los juicios, equivocados o no, del que fui hace más de dieciséis años. Si algo rectificaría habrían de ser algunos vituperios, jamás los elogios, aunque respecto a estos haya cambiado algo alguna vez.

Porque al releer por primera vez estos ensayos, me he percatado de que hay aquí más elogios y alabanzas que vituperios y denigraciones, y de lo equivocado, por tanto, del título que di a este libro: *Contra esto y aquello.*

Título que ha podido contribuir a cuajar y corroborar en torno mío, envolviéndome y deformándome al conocimiento de los demás, una cierta leyenda que yo, tanto como los otros, he contribuido a formar. La leyenda de ser yo un escritor atrabiliario, siempre en contradicción, no satisfecho con nada ni con nadie y dedicado más a negar y destruir que a afirmar y reconstruir. Lo cual es falso.

Claro está que para reconstruir, y sobre el viejo solar, pues no hay otro, lo primero es desescombrar, y yo me he dedicado sobre todo a la tarea del desescombro. No ha de reconstruirse sobre ruinas tambaleantes y resquebrajadas.

Acaso ese prestigio —*praestigium* quiere decir engaño— y sugestivo título de *Contra esto y aquello* haya contribuido a poderse haber llegado a la segunda edición, pues un título es muchísimo para el suceso de una obra —tal con mi novela *Nada menos que todo un hombre* y con mi *L'agonie du christianisme*—, pero cuando es equivocado, como en este caso, lleva el inconveniente de que el lector juzgue de la obra de un autor no por lo que la obra misma dice, sino por lo que este declara que dice o quiere decir. Y no debería ser así. El lector avisado debe hacer poco caso del juicio que el autor haga de su propia obra.

A este respecto he de aducir que, cuando al publicar mi novela *Niebla* inventé la palabreja aquella de nivola, echáronse sobre ella no pocos lectores a quienes la tal palabreja les alentaba, en su pereza mental, a juzgar la novela como tal novela, y nada menos que toda una novela, que es.

Y dicho esto, en descargo de la impropiedad de este título de *Contra esto y aquello*, y del estropicio a que me conduce de aparecer como un contradictor de menester o poco menos, tengo que renunciar a rehacer juicios contradictorios que sobre hombres y cosas aquí aparezcan. Tiempo y lugar espero haber de tener, y aun a pesar de mis años, para hacerlo cumplidamente.

Y vuelvo a dejaros, lectores, con el Unamuno de nuestra leyenda, la vuestra y la mía, que os saluda ya hermanal, ya paternalmente, desde el destierro fronterizo de Hendaya, hoy 11 de octubre de 1928.

ALGO SOBRE LA CRÍTICA

No me gusta recoger las alusiones que se me dirigen ni protestar de los juicios que sobre mi valor se vierten. Los que escribimos para el público debemos ser sufridos. Pero como, por otra parte, tampoco me gusta someterme a rígidas normas de conducta, alguna vez quebranto el propósito de no comentar los comentarios que sobre mi obra se hagan. Y esta es una de las veces. Le quebranto a propósito de una página que en el número 2 de la *Verdad*, revista mensual de arte, ciencia y crítica, que se publica en Santiago de Chile, me dedica el señor don Ernesto Montenegro.

Chile es hoy, después de la Argentina, el pueblo americano en que con más y mejores amigos cuento; en cada correo me llegan expresiones de aliento y de simpatía. Es uno de los pueblos en que creo contar con más lectores, y dentro de su número tal vez con los más atentos y los más reflexivos. Claro está que no todos los que de allí me escriben aplauden sin reservas mi labor, sino que con frecuencia me oponen reparos y censuras de buena fe; así es y así debe ser.

Hace pocos años, muy pocos, mis relaciones epistolares con chilenos eran escasísimas; hoy son muchas. Y

esto lo he logrado «con unas cuantas lanzadas del género crítico», como dice el señor Montenegro; con unos ensayos ásperos y duros, tal vez despiadados, sobre las obras de dos escritores chilenos. «Entre nosotros —añade el señor Montenegro— es casi un hombre célebre, y solo por sus diatribas contra algunos de nuestros compatriotas célebres. Esto ha bastado para sustraer su nombre al silencio; ese respetuoso silencio en que se trasmiten al oído un nombre de maestro sus admiradores, y hoy llevan el suyo de boca en boca con más curiosidad que cariño las gentes de camarilla literaria o le rebajan su prestigio los periódicos para vengar pasiones de banderías».

Esto es la pura verdad —debo declarar «con la modestia que me caracteriza» y empleando esta frase que he aprendido en Sarmiento, aquel noble y desinteresado egotista— y yo me tengo la culpa, si es que la hay, por haberme metido en corral ajeno. Y es que el ejercer la crítica a tanta distancia tiene el mal de que quien la ejerce ignora la actuación pública de los criticados, y los prestigios literarios suelen muchas veces no ser más que reflejos de prestigios de otro género.

Añade luego el señor Montenegro que hay quienes me estiman crítico rabioso porque desconocen mis obras. ¿Rabioso yo? Así Dios me perdone mis demás pecados, pero hombre más blando y más condescendiente dudo que lo haya.

«Para nosotros los que de veras le estimamos —sigue diciendo el señor Montenegro— no puede ser un mérito más su campaña devastadora, que tanto parece complacer

a los envidiosos y fracasados, y a esa casta especial que, no pudiendo hacer nada serio, vive para burlarse del trabajo ajeno».

Tengo que dar las gracias al señor Montenegro por esta noble declaración, y declarar yo, por mi parte, que tampoco a mí me parece que me añade mérito esa que llama mi campaña devastadora y que lamento el que complazca envidias. No lo hice para eso.

Es, sin duda, una de las amarguras que acibaran el ánimo de cuantos combaten por la verdad y por la justicia y por la cultura el encontrarse con que se tergiversa el sentido de su labor. Las mezquinas pasiones de los hombres lo convierten todo en sustancia venenosa. Yo fui en cierta ocasión solemne de mi vida ruidosamente aplaudido por ciertas duras reconvenciones que dirigí a quienes más quiero, y lo triste fue que el espíritu que movió las más de aquellas manos a aplaudirme fue un espíritu contrario al que sacaba mis palabras de mi corazón a mi boca. Y algo así puede haberme pasado en Chile.

«También este Chile —agrega el señor Montenegro—, tan maltratado en su patrioterismo por el fogoso libelista, le da un buen contingente de adeptos. De los que comulgan en su ferviente idealismo somos nosotros».

Lo creo, y creyéndolo espero de ellos la justicia de que me crean que es un interés real y vivo, que es una profunda simpatía hacia ese Chile, que tanto se parece en espíritu a mi pueblo vasco, lo que me ha movido en más de una ocasión a fustigar la irreflexiva patriotería de algunos de

sus hijos, como fustigo siempre que se presenta la coyuntura la patriotería ciega de mis paisanos.

Los escritores chilenos, cuyas obras he tratado de desmenuzar sin compasión alguna hacia el escritor —el hombre merece mis respetos—, son de esos escritores que ponen en ridículo a su propio país. Y bueno es advertir que a los hijos de esas jóvenes naciones que prosperan en riqueza y en cultura y adoptan, desde luego, los mejores progresos de Europa, no les vendría mal en ciertas ocasiones una más discreta moderación de juicio al compararse con otros pueblos. La cultura es algo muy íntimo que no puede apreciarse tan solo en un paseo por las calles de una ciudad, y tal la hay que teniéndolas mal encachadas, llenas de baches y tal vez de fango, y careciendo de refinamientos, de comodidad y de policía, puede encerrar formas de espíritu de muy elevada y muy noble prosapia.

La patriotería —lo que los franceses llaman *chauvinisme*— es una especie de enfermedad del patriotismo, cuando no un remedo de este, y en Chile, donde el patriotismo sano, el normal, o si se quiere llamarle, forzando la metáfora, fisiológico, tiene tan hondas, fuertes y viejas raíces, es en uno de los países en donde menos debían consentir los patriotas que los patrioteros explayasen su manía.

En la ocasión solemne de mi vida a que antes me he referido, dije a mis paisanos que «gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse», y esta mi sentencia de entonces, con lamentablemente harta frecuencia suelo tener ocasión de repetir. La repito siempre que algún patriotero cree necesario, para exaltar a su patria,

deprimir alguna o algunas otras patrias; le repito siempre que me encuentro con patrioterías por exclusión, siendo así que el sano patriotismo es inclusivo. Ejemplo de este tenemos en aquel soberano final del discurso de la bandera del gran Sarmiento, cuando llamaba a los pueblos todos de la tierra, empezando por los más afines, a construir la futura República Argentina.

No; yo no he maltratado jamás a Chile en su patriotismo —esto sería, además de una mezquindad, una locura y una injusticia—; lo que sí he hecho ha sido arremeter, en la medida de mis fuerzas, contra la patriotería de algún chileno, sobre todo cuando esta iba, de rechazo, en desdoro y rebajamiento de otros pueblos.

«Estos artículos que han venido a revolver la bilis de unos cuantos —sigue el señor Montenegro— más bien quisiéramos no conocerlos». Y yo más bien quisiera no haber tenido que escribirlos. Haber tenido que escribirlos, digo, porque al leer ciertas cosas no suelo poder resistir la tentación de arremeter contra ellas. ¿De qué me serviría predicar a los cuatro vientos el evangelio de don Quijote, si llegada la ocasión no me metiese en quijoterías por los mismos pasos por que él se metió? Encontrarse él con algo que le pareciese desmán o entuerto y arremeter, era todo uno.

«El autor de la *Vida de don Quijote y Sancho*, el admirable revelador del símbolo caballeresco, se basta para merecer toda nuestra admiración. Lo demás de su obra que ha llegado hasta nosotros lo es de pasiones momentáneas, y como ellas, pasa sin dejar rastro». Yo siento mucho, claro está, que fuera de mi *Vida de don Quijote* no haya llegado a

manos del señor Montenegro, cuyos son también esos dos párrafos, otra cosa que los frutos que en mí hayan podido dar pasiones momentáneas; pero espero que, tanto él como aquellos de sus paisanos que como él sientan a mi respecto —honrándome con ello no poco—, habrán de comprender que quien predica el quijotismo quijotice.

¿Y por qué —me preguntarán acaso— has venido a dar precisamente contra los escritores chilenos? Aparte de que más de una vez he tratado con igual dureza, si no en tan prolongado ataque, a otros escritores no chilenos, la pregunta tiene una fácil contestación. He ido a topar precisamente contra escritores chilenos por la razón misma que suele aquí combatir de preferencia los que creo defectos de mis paisanos: por interés. De otros, o no me entero, o si me entero me encojo de hombros.

Don Quijote salía por los caminos a busca de las aventuras que la ventura del azar le deparase, y jamás dejó una con el fin de reservarse para más altas empresas. Lo importante era la que de momento se le presentase. Hacía como Cristo, que yendo a levantar de su mortal desmayo a la hija del Jairo, se detenía con la hemorroidesa. No seleccionó el caballero sus empresas. Y no gusto yo de seleccionarlas.

Tal es la razón de que haya ido dejando el oficio de crítico, sin renunciar a la crítica por ello. Imponerme la obligación de hacer crítica de estas o las otras obras con regularidad, a plazos fijos, por vía de profesión, me parece algo así como si me impusiera la obligación de escribir un soneto o una oda cada sábado. Eso me obliga a leer para

criticar, y me gusta más bien criticar por haber leído, atento a aquella sutil a la vez que profunda distinción establecida por Schopenhauer entre los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado.

Esta razón por una parte, y por otra la de que una crítica suelta de una obra aislada rara vez tiene valor permanente, me han ido apartando del oficio de crítico en que estuve a punto de caer, y hoy me reservo el ir leyendo las obras americanas que caen en mis manos para hacer más adelante un trabajo de conjunto sobre la literatura contemporánea hispanoamericana, en que todas ellas sean examinadas en relación y colectividad, prestándose luz mutua y sirviendo cada una, según su respectivo mérito, de ejemplo de una tendencia o de un valor generales.

Pero esto no empecé el que si alguna vez un libro americano me llama poderosamente la atención, o siquiera me sugiere algunas consideraciones, rompa mi propósito y le dedique algunas cuartillas.

En los dos ataques de crítica agresiva, según el señor Montenegro la llama, que he dirigido a dos chilenos, fue que ambos me tocaron en dos de mis puntos doloridos, en dos que estimo dos fatales errores de no pocos hispanoamericanos, y no solo chilenos. Es el uno la fascinación que sobre ellos ejerce París, como si no hubiese otra cosa en el mundo y fuera el foco, no digo ya más esplendente, sino único, de civilización. Es manía que he combatido muchas veces, encontrando para ello fuerza en la manía contraria de que acaso estoy aquejado. Pues no he de ocultar que padezco de cierto misoparisienismo, que reconociendo lo

mucho que todos sabemos en el orden de la cultura a Francia, estimo que lo parisiense ha sido, en general, fatal para nosotros.

Y el otro error y más que error injusticia, que estallaba en el otro libro a que embestí sin compasión, es el de creer que los pueblos llamados latinos son inferiores a los germánicos y anglosajones y están destinados a ser regidos por estos. Es menester que acabemos con esa monserga de inferioridad y superioridad de razas, como si la hubiese genérica y permanente y no fuera más bien que quien en un respecto supera a otro le cede en otro respecto, y quien hoy está encima estuvo ayer debajo y tal vez volverá a estarlo mañana para encumbrarse de nuevo al otro día. Acaso lo que hace a unos menos aptos para el tipo de civilización que hoy priva en el mundo, sea eso mismo lo que les haga más aptos para un tipo de civilización futura. Cuando se nos moteja a los españoles de africanos, suelo recordar que africanos fueron Tertuliano, san Cipriano y san Agustín, almas ardientes y vigorosas.

Los autores de esos libros a que tan sin compasión traté, me son, como escritores, indiferentes y solo me sirvieron como casos de dos enfermedades generales. Ellos me servían para ejemplificar doctrina y a la vez como representantes de la patriotería irreflexiva. Si mis ataques les han dolido, lo siento, porque no gozo en molestar a nadie; pero es el caso que las censuras en abstracto, al modo de los moralistas que tronaban contra los vicios, tienen poca eficacia. La cosa es triste, bien lo veo; pero una censura a un vicio apenas tiene valor sino especificándola en un vicioso. Y lo mismo sucede con los vicios intelectuales. Don Qui-

jote pudo haber tronado en la plaza pública contra los amos que tratan mal a sus criados, pero prefirió socorrer al de Juan Haldudo el Rico, y en todo hizo lo mismo. La campaña dreyfusista en Francia ha sido mucho más eficaz que habrían sido predicadores sin base de aplicación individual.

Lo malo es cuando se ataca a uno por pasiones personales, por mala voluntad, por ganas de hacer reír a su costa o por mezquindad de espíritu o envidia, no tomándole como un mero caso de ejemplificación. Y he aquí por qué en las líneas que el señor Montenegro me dedica, tan benévolas, tan respetuosas y desde el punto de vista en que se coloca tan justas, solo hay una cosa que me desplace y de la que he de protestar, y es lo de llamar a esas mis duras críticas «panfletos a lo Valbuena». No; no quiero parecerme a Valbuena, ni quiero que mi crítica tenga nada de la suya. Yo podré ser duro, pero hago esfuerzos por no ser grosero y burdo, y sobre todo, nunca he buscado hacer reír a los papanatas con chocarrerías sacristanescas y a costa del prójimo. No; nunca me he inspirado en el bachiller Sansón Carrasco, patriarca de los Valbuenas, ni he hecho de mi incomprensión la medida de las cosas. Muchos serán mis defectos, pero el caer en crítico a lo Valbuena consideraría como una de las mayores desgracias que pudiera afligirme.

En todo lo demás debo confesar que estoy mucho más de acuerdo con el señor Montenegro de lo que pudieran creer los que me tengan por un crítico displicente y rabioso.